

Francisco FERNÁNDEZ BUEY

*La ilusión del método. Ideas para un racionalismo bien temperado*

Barcelona, Crítica, 1991.

La aparición de *La ilusión del método* ha sido unánimemente acogida como un saludable acontecimiento en el yermo contexto de la filosofía de la ciencia nacional y estatal. Digamos ya, sin embargo, que no es tanto un libro de filosofía de la ciencia como más bien «sobre» la filosofía de la ciencia post-positivista, abundando en la costumbre —no sé si sana, pero sí paísana— de escribir más sobre lo que dicen los demás que sobre lo que uno mismo piensa. Fernández Buey se sitúa así en un nivel meta-metadiscursivo, en el análisis y comentario de lo que ya es de por sí un meta-discurso sobre el discurso propiamente científico; pero no peca aquí de ingenuo el autor, pues, ya desde el principio, asume explícitamente un tono más ensayístico y asistemático que de frío tratadista.

La tesis central del libro afirma que las aportaciones de la llamada «nueva filosofía de la ciencia» que surgió en los años sesenta en torno a Kuhn y Feyerabend constituyeron, más que una revolución, un «cambio de tema»: de la consideración exclusiva de las teorías científicas en términos internalistas, se pasa al estudio de sus condicionantes históricos y sociales —de la «filosofía» a la «sociología» de la ciencia—. No se trataba de «demoler» la ciencia, sino de «deconstruirla» para mejor rehacerla; algunos lo malinterpretaron y exageraron los términos: no ha sido para tanto, viene a decir Fernández Buey. Cabe preguntarse, sin embargo, si esto no es lo que los ingleses llamarían *to beg the question*, pues la inseparabilidad entre ambos temas era precisamente lo que estaba en discusión.

No cae Fernández Buey en esa trampa: pues el cambio de tema no es sólo tal, sino que lleva aparejado también un «cambio en la concepción de la ciencia» que el autor se dedica a glosar a lo largo del libro. Para ello se apoya en una «idea-fuerza»: la mejor filosofía de la ciencia es la que hacen los propios científicos al reflexionar sobre sus prácticas, y no la «titulada»; principio éste que se usa de forma más heurística que filosófica —lo cual parecería ciertamente algo arbitrario, si es que hemos de aplicar el «principio de no conciencia» sin dobles varas. Científicos y filósofos mediante, Fernández Buey va desmenuzando la concepción contemporánea de la ciencia que se está imponiendo: se trata de una ciencia no reduccionista, enemiga de lo simple y amante de la complejidad, que ya no se identifica por poseer «un» único método pautado y de manual, donde el observador influye en lo observado, don-

de las metáforas pasan a ser elementos constitutivos de las teorías —y no meras ayudas o recursos expositivos—, pero donde, sin embargo, «no todo vale» ni dejan de existir criterios de elección. ¿Modelos de esa «nueva» concepción de la ciencia?: a nivel científico, el descubrimiento por Watson de la estructura del genoma humano; a nivel filosófico, autores como Morin o corrientes como la *new theory of reference* o el *two-tier thinking*.

Libro inteligente y de fluida lectura, contiene varios puntos de especial interés para las ciencias sociales: la denuncia de una demasiado extendida acepción «estrecha» de la metodología como puras «técnicas de investigación», frente a su concepción como «metódica» general en las obras de Marx, Durkheim y Weber; la insistencia en que ni métodos ni técnicas son fines en sí mismos, sino instrumentos para lo que realmente interesa; la visión —muy cercana a la de un Mills— del científico como alguien que improvisa, hace «apaños» y «se las arregla» en el día a día de la investigación; la reconsideración de autores no muy prestigiados como son Kuhn o Feyerabend, etc. Queda sin embargo la sensación de que, por más que Fernández Buey afirme el triunfo final de lo «blando», realiza un tratamiento algo «naturalista» de la epistemología de las ciencias sociales, y de que bien otra hubiera debido ser la argumentación si el libro se hubiese centrado más en ésta última, en vez de en la filosofía de la ciencia físico-natural o biológica. ¿No laterá aquí el eterno sueño de la «unidad», de que lo que vale para la una ha de valer también para la otra?

Algo más permite sospecharlo: el sorprendente hecho de que un declarado filo-marxiano como Fernández Buey dedique más bien escasa atención al tema de las implicaciones ideológicas y ético-políticas de la ciencia, adoptando al final una postura de *Wertfreiheit* bastante filo-weberiana. Parecería, no obstante, que sí, como dice el autor, la ciencia es un barco que navega en permanente reconstrucción, fuera conveniente que los tripulantes echaran también una mirada al timonel; no vaya a poner rumbo a mal puerto.

JOSÉ ANTONIO NOGUERA